

muchacha extraña. De mujer criada en la mejor sociedad de Londres, pasa a ser una ebria que vive en los cabarets y se entrega a cualquiera, sin que nada de esto sea un óbice al propósito de Larry. Pero no se casan porque interviene Isabel con una intriga tan hábil y fina como el filo de una navaja. Suponemos que por esto se llama así la novela, en la cual Somerset Maugham, demuestra su extraordinario talento de narrador. Pero no hay duda que sus fantasmas se repiten y que el mundo de su novelería produce seres fantasmas que ya hemos visto desfilar por las páginas de muchas otras de sus obras, en que lo exótico del paisaje se une a lo absurdo de las almas.

LA CARNE ILUMINADA.

<https://doi.org/10.29393/At248-38CID110038>

Dos breves novelas integran el contenido de este nuevo volumen de Nicomedes Guzmán. Una de ellas, la primera, contiene un argumento muy interesante. Una mujer abandonada por su marido, resignada a la vida de privaciones y de angustias que pasa, lucha valientemente por criar a los chiquillos que el hombre le dejó. No se amilanó, ni fué criando en su corazón el fermento del rencor, para que un día reventara como una pústula maligna. Por el contrario, dejó que su corazón floreciera de recuerdos y se entibiara en el afecto de los hijos.

Hasta que un buen día se encuentra en la calle con el ingrato y como ella no vivía poseída por el odio, siente que en su pecho el corazón le da un vuelco de júbilo. Es su hombre el que encuentra, el mismo que una vez le hablara con palabras ardidas por el anhelo de la posesión. El mismo que la hizo sentir la dulzura infinita del amor.

Y entonces sin recordar ofensas ni desvíos, sólo atina a alegrarse al ver al hombre que iluminó sus sueños. Hablan y se miran con los ojos limpios, claros, como si un misterioso latido les sacudiera entero. Ella lo invita a verla, y el hombre

sin deseos de engañarla se lo promete. Irá esa noche y ella le tendrá café—el regalo de los pobres, una taza de café—como dice Nicomedes Guzmán. Pero el hombre no llega, y la mujer que lo esperó con el corazón palpitante y los ojos ardientes, hasta que las luces del amanecer vinieron a refrescar su desvelo, sale desesperada en su busca.

Va dispuesta a todo. A pelear, a vengar la ofensa y a dejarse guiar por el instinto, si es necesario para quitárselo a la otra de la cual hasta entonces no se había preocupado. Y cuando llega a la otra vivienda, en un barrio lejano del suyo, en el puerto, se encuentra con que la muerte ha visitado ese hogar tan pobre, o quien sabe si más que el de ella. Ha muerto la mujer por la cual la dejó su hombre dejando una criatura que no tendrá quien le dé el pecho tibio y la leche que se transformará en sangre, en energía y fuerza.

Y entonces la mujer se ha olvidado de todo. Sólo recuerda su instinto maternal. Coge la guagua que llora y junto con su arrullo de ternura le entrega el pezón, al fruto de ese amor que huyó del suyo.

Nicomedes Guzmán cuenta con rasgos enérgicos, con brochazos a dos tintas, estas tragedias y ternuras de la vida del arrabal. Finas acuarelas sentimentales, trágicas manchas al óleo, después. Su condición de artista, su hondo y certero instinto de novelista ciento por ciento, no lo hace ir en busca del denuesto, de la diatriba que nace del autor mismo, en períodos discursivos para impresionar al lector sobre la miseria y el dolor proletarios.

Cuenta, y contando consigue mil veces y mejor su objetivo. Poniendo belleza, iluminando la carne con el halo divino del arte, se da impresión honda de lo que es la injusticia social sobre la tierra. Su otro cuento es tan bello como el que acabamos de contar, en breve síntesis.